AL RITMO DE LA VIDA



Alejandro Bellver

Con verdadero afecto,
á "Amichotis":
Alejandro Bellver

Barcelona 15 Septb 192?

AL RITMO DE LA VIDA

AL RITMO DE LA VIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ALEJANDRO BELLVER

ESTRENADA EN EL GRAN TEATRO DE JÁTIVA

EL 3 DE MAYO DE 1921



1921 — IMPRENTA VALENCIANISTA, CALLE DE MIÑANA, NÚMS. 7 Y 9

Envio

A don Eduardo Tejada, don Ramiro Armero, don Francisco Martinez Morcillo, don Enrique Tormo, don Ricardo Sanz, don Fernando Candel, don José Romero Soldevila, don José Reig Reig, don Manuel Garcia Martinez, don Félix Maria Julbe, don Francisco Perelló, don José Gutiérrez Gozalbo, don Fernando Bernabé, don Emilio Climent, don Francisco Cruz, don Rafael Tomás, don Ricardo Bellver, don José Sanz, don Santiago Iborra, don Eduardo Gomis y don Roberto López Conde, en viva expresión de gratitud, con un abrazo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Fernanda.	Srta. Carmen Collado
Concha Rey.	» Matilde Morón
Paca Solves.	» Marina Marco
Chacha Dolores.	» Matilde García
Tía Consuelo.	» Amparo Gabino
Una doncella.	» Luisa Peris
D. Diego Moreno.	D. Julio Muñoz
Pepe Torres.	» Luis P. Vilar
Nolo.	» Francisco Fernández
Casanova.	» Francisco Fabra
Soriano.	» Antonio Llorens

Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

En Madrid. Un segundo piso, bien puesto; más que de lujoso tiene de buen gusto. Una de esas salitas de paso, donde se toca un piano al caer de la tarde, se hacen labores junto a un gran balcón, se lee la novela que acaba de publicarse y se recibe, en las casas de poco servicio y contadas visitas. Balcón, a la izquierda. Al foro, puerta, más cerca del ángulo izquierdo que del centro, acceso a un pasillo ancho, claro. Primer término derecha puerta que comunica con la de la calle. Entre ésta y la del foro, al hilo de los dos lienzos de pared, musiquero, piano, unos jarrones sobre pedestales. Un par de mesitas volantes, butaquitas, sillas. Junto al balcón, centro con luz. Sobre el piano unas figuritas y un búcaro con flores. Al centro, lámpara moderna. Las doce de la mañana. Abril.

ESCENA PRIMERA

Suena el timbre de la puerta del piso. Segundos después, por el foro, CHACHA DOLORES. Dentro, la voz de LA DONCELLA. Nuevo timbrazo.

Ch. Dol. ¡Que ya voy!... ¡Válgame Dios!... ¡Cuántas prisas! ¡Como si se los llevaran los demonios! (*Nueva llamada; ahora larga*). ¡Vaya! ¡Corre, hijo, corre, que te pisan el rabo!... *(Sale primera derecha y regresa con una carta.)* El chico del Casino, con una cartita. Del señorito Pepe, como si lo viera. Cartita por la mañana, cartita por la tarde, y por la noche pelotera que te pego. (*Llaman nuevamente.*) ¡Anda, morena! Está la mañana de visitas. Vamos a ver quien...

Donc. ¡Chacha Dolores!... ¡Que están llamando!

Ch. Dol. ¡Si ya voy, mujer!

Donc. ¿Salgo a abrir?

Ch. Dol. Sigue con lo tuyo que ahora voy corriendo. (*Sale. Se la oye hablar dentro, en exclamaciones de contento, regresando seguida de Concha Rey.)* ¡Pase, pase la señorita Concha!

ESCENA SEGUNDA

Chacha Dolores, Concha Rey. Después, Fernanda, de la calle. Al final, La Doncella.

Concha. ¡Ay, hija! ¡Con el dichoso viaje!... *(Sentándose.)* Estoy muerta.

Ch. Dol. ¡Qué contenta se va a poner «la niña!» ¡Volando venía si supiera que la esperaba la señorita!

Concha. ¡Oh! Dí tú que me miras con buenos ojos.

Ch. Dol. Con ojos de cristiano, señor. ¡Si parece ayer y aquí la tiene usted hecha una real moza! ¡La reina de los cielos!

Concha. ¡Por Dios, Chacha Dolores! ¡Gracias que hoy no tengo el feo subido! Bueno; ya te estás callando ¿eh? ¿Dónde está Fernanda?

Ch. Dol. De encargos. Pero debe estar de vuelta, porque escribió anoche a su tío y le espera antes de almorzar. Me parece a mí que es cosa de... *(Haciendo la señal de enlace.)*

Concha. ¿De boda?

Ch. Dol. ¡Marcha, marcha eso! Un guapo mozo que la tiene loca. No, él también anda que no ve las paredes por «la niña».

Concha. ¿Enviudó Fernanda, según eso?

Ch. Dol. ¡Anda! ¡Hace dos años!... (*Suena un timbrazo breve.*) ¡Ya está ahí! Es «la niña». La conozco en el modo de llamar. (*Sale a abrir. Se la oye dentro.)* No sabes tú a quién tienes ahí. ¡No aciertas, no!... ¡A Conchita Rey, hecha un sol!

Fern. *(Entrando.)* ¡Chiquilla!

Concha. ¡Fernanda! (*Se besan, efusivas.*)

Fern. ¡Qué sorpresa! Ya podías haber avisado.

Concha. (*Al separarse.*) ¡Mujer, qué guapa! ¿Sabes que estás muy bien?

Fern. ¡Y tú! Más alta y más llenita.

Concha. No estoy mal.

Fern. Pero cuéntame... ¿Cómo por Madrid? *(Quitándose sombrero y abrigo, que deja, como unos paquetes pequeños que trae, por mesitas y sillas, y va recogiendo Chacha Dolores.)*

Concha. De boda.

Fern. (*Sorprendida.*) ¿Te has casado?

Concha. No, mujer, todavía no. Para San Miguel quiere Casanova. (*Ante el gesto de Fernanda.*) Casanova es mi novio. Ya lo habrás comprendido.

Fern. ¿Aquél muchacho moreno que tonteó contigo las últimas vacaciones que pasamos en Santa Agueda?

Concha. No. Casanova... no sé cómo decirte... ¡Es gracioso! ¡Si es que no me acuerdo de su nombre! En Santa Agueda no se le conoce más que por Casanova. Hemos venido de compras. Con tiempo ¿verdad? Con tiempo y con tía Consuelo. ¡Claro, no iba a venir sola con...!

Fern. ¡Huy, cómo estoy de la cabeza! Pues es verdad. ¡No te pregunté por ella!...

Concha. Después pensábamos visitarte. Pero yo aproveché que la tía Consuelo esperaba conferencia con Rebolledo, su administrador, ahí en Teléfonos, para adelantarme y sorprenderte.

Fern. Y lo lograste bien, chiquilla. Tú almuerzas hoy conmigo. Y te quedas en casa con tía Consuelo. ¡No faltaba más! ¡Ibas a irte a un Hotel estando yo en Madrid! Almorzamos todos. (*Entra Chacha Dolores que ha salido dos veces con el abrigo, el sombrero y los paquetes.*) ¡Chacha Dolores! ¿Nos vas a dar de comer bien? ¡Clarito, clarito! Lo que se dice bien. Si no te atreves, nos vamos a comer fuera de casa.

Ch. Dol. Eso si que no. Os preparo yo una comida de reinas. Gloria pura. ¡Fuera de casa!... ¡Sabe Dios lo que os darían fuera de casa!

Fern. Anda, pues. Y prepara habitaciones para la señorita y su tía.

Ch. Dol. Y limpias como el oro. No esos cuartuchos de fonda... (*Sale.*)

Fern. Es su flaco. Cuando quiero que me dé algún extraordinario, la amenazo con comer fuera de casa. (*Pausa.*) ¡Chiquilla, chiquilla! ¡Quién iba a pensar! ¡Cuánto me acordé de ti y de nuestra vida de colegialas! ¡La idea que tenemos del mundo entre aquellas buenas Hermanas, y lo que es en la realidad!

Concha. Hija, hablas como una vieja.

Fern. ¡Oh! Es que hace... Sí, sí; justo; seis años que salí del colegio. ¡Y lo que va de San Juan a la fecha!

Concha. Ya para cumplir los siete.

Fern. Cómo pasa el tiempo ¿verdad?... ¡Verás! Yo me casé en... Porque, me casé ¿sabes? Es lo más serio que hice, y lo más grave que pudo ocurrirme.

Concha. ¡Si lo escribiste a la Madre!... ¡Mira si oyes la plática de la Hermana Rosario el día que se recibió la carta en que comunicabas la boda! ¡Poco hueca te pones! Lo que no sabía es, que tu marido... (*Ante el gesto de indiferencia de Fernanda.*) ¿No te fué bien?

Fern. Una equivocación. ¡De los dos!

Concha. Tuviste un hijo ¿no?

Fern. Una nena. Murió a los dos años. Poco después que él. (*Levantándose*). ¡Mi hija de mi alma! (*Cogiendo un retrato*). Mira. Era bonita ¿verdad?... ¡Cómo sufrí

y cómo lloré! Ya no supe nunca del consuelo de las lágrimas. ¡Y eso que he pasado lo mío, no creas! Es preciso ser madre para comprender este dolor, que no se le parece a ningún otro. ¡Él mató al Teatro!... ¿No lo sabías? Fuí del Teatro. Empecé en una compañía de comedia; hicimos una corta temporada por el Norte, y de allí ¡a París! contratada como danzarina. «Rosa-Luna, genial danzarina española». Unas letras altas y rojas, como cartel de desafío. ¡Qué recuerdos despiertan aquellos días!

Concha. ¿Tú Rosa Luna?... ¡Pues mira si se entera la Hermana Angustias! Función de desagravio tenemos.

Fern. Murió la nena y con ella mis entusiasmos todos y mis ambiciones todas. Tú no sabes de la inmensa pena de dejar en manos de extraños un angelote gordo y colorado, que cuando te mira abre los ojos enormemente como si quisiera beber toda la luz de los tuyos, y encontrarlo, meses después, en la agonía, una agonía que no acaba nunca y quisieras prolongar en muda desesperación, insensible a todo, más fuerte que el mal y que el bien mismo, ante aquello que es lo fatal, lo irremediable. Queda una rota para todo esfuerzo y con el alma cerrada a toda cabalgata de la ilusión.

Concha. ¡Cómo ha de ser!... ¡Sí habrás pasado lo tuyo! *(Pausa)*. Bueno. Tú me perdonarás ¿eh? Voy a bajar ¿sabes?... No se enfade tía Consuelo...

Fern. ¡Sí, si! No te entretengas ¿eh? ¡Pero vuelves a almorzar y os quedais en casa! ¿Palabra?... Así conoceré a...

Concha. Casanova. Se llama Casanova. El nombre, ya te lo dirá él... Si lo sabe. ¡Un beso!

Fern. Uno es poco. Toma, toma... (*Besándola.*)

Concha. Hasta ahora. Unos minutos ¿sabes? Sólo unos minutos. (*Sale primera derecha. Fernanda oprime el timbre. Pausa. Por el foro la Doncella con una carta sobre una bandeja.*)

ESCENA TERCERA

FERNANDA, LA DONCELLA. Después, primera derecha, NOLO.

Fern. ¿Vino alguien?

Donc. Esta carta, para la señora. La trajo un Botones del Círculo.

Fern. A ver. (*La abre. Suena el timbre de la calle; la Doncella sale y regresa seguida de Nolo, desapareciendo foro.*) Buenos días, Nolo. ¿Tan temprano y ya a la calle?... ¡Es inaudito! La sorpresa que se va a llevar el buen Sol.

Nolo. Ya puede, ya, que no somos grandes amigos.

Fern. ¿Amigos? Ni conocidos. Es rareza la tuya; la de no salir hasta que anochece.

Nolo. ¡La costumbre digo yo que será!... Luego, que tiene uno su opinión de las cosas. La luz del día es fuerte, es dura, hace daño; no es nada amable un pueblo lleno de sol, que descubre todos sus rincones denunciándonos su fealdad y su miseria. A mí las ciudades me gustan más en la noche. Tienen un encanto y un relieve de que en el día carecen.

Fern. Así tienes ese color de mochuelo.

Nolo. ¿Crees tú que es por eso?... Pues saldré al sol, como los lagartos, si a ti te gusta,

Fern. ¡Pero qué tonto estás, hijo! (*Pausa.*)

Nolo. ¿No te he dicho?... Ha muerto Jimy-Tomn. El mejor de los payasos del mundo. ¡Dicen de los payasos ingleses!... Como Jimy-Tomn, nadie. Y no era inglés, no. Su verdadero nombre era Juan González. ¡Más español!...

Fern. Recuerdo de él. Trabajó contigo en el Circo Williams ¿no? ¡Un gran artista Jimy-Tomn!

Nolo. ¡Un gran payaso!... ¡Artista!... Haces unos puntitos negros sobre el pentágrama, combinas unos colores sobre un lienzo, agrupas unas palabras que suenen bien, y ya eres artista. ¡Payaso! Payaso es todo. Música la voz, pirueta el gesto, luz de jardín el traje, versos sueltos son tus risotadas que van a posarse trémulas en el corazón de los niños... ¡Payaso es todo! (*Pausa. Tímido.*) ¿Has recibido eso?

Fern. ¿Y «eso» qué es?... ¡Ah, las flores! Míralas. Pero ¿por qué haces eso?... Bien para un día. ¡Pero no todos!... Cuestan un dineral aquí las flores.

Nolo. ¡Qué más da si has de acariciarlas tú, con tus ojos!

Fern. ¡Nolo!... A ver si eres razonable una vez.

Nolo. ¿Más... todavía?

Fer. ¡Más! Que te atormentas y... me atormentas.

Nolo. No lo tomes a mal. Perdóname. (*Pausa.*) Me voy. No volveré a casa hasta la noche. Debe estar solo Jimy-Tomn. Los pobres payasos vivimos así, y cuando nos llega la última hora, pues ya sabemos: frío y desamparo.

Fern. (*Emocionada; de pronto.*) ¡Toma! Llévale esas flores.

Nolo. ¡Oh! gracias... Eres tú muy buena. El alma de Jimy-Tomn, desde el cielo, te lo agradecerá. Mira tú que de tantas mujeres como amó, no tener hoy a su lado una mano piadosa que cierre sus ojos. Quería yo pedirte una cosa. Lo he pensado muchas veces. Cuando me toque a mí, me llevas unas flores y entra un rato a hacerme compañía... Será una aprensión ridícula, pero es que me da mucho frío y mucho mie-

do, pensar que me van a dejar solo, una noche, toda una noche, y en ese cuarto tan triste.

Fern. (*Muy emocionada.*) Anda, Nolo, vete, vete.

Nolo. Perdóname. ¡Siempre has de perdonarme! Es el sino de los payasos viejos; hicimos reir tanto, que ya no sabemos más que hacer llorar. (*Sale Nolo primera derecha. Pausa. Entra Pepe Torres, que ha tropezado con Nolo en la escalera, en celoso.*)

ESCENA CUARTA

FERNANDA y PEPE TORRES

P. Tor. ¡Siempre aquí metido ese viejo payaso! Ya podías decirle que molesta.

Fern. Pero si no molesta, Pepe.

P. Tor. ¿Te distrae? ¿Te agrada la... reverencia del bufón? ¡Vamos, dílo! ¡Si te sale a los ojos!

Fern. Ni una cosa ni otra. ¿Por qué hablas así? Le tengo estima. Recuerda, te lo he dicho muchas veces, que se portó muy bien conmigo cuando estuve enferma. ¡Y en París, muy sola, muy mala, y sin calor de nadie! Yo apenas le conocía de una noche que estuve en el Circo. Pues bastó para que se instalase en mi Hotel y me prodigase cuidados y consuelos que no es posible olvidar. ¿No he de estarle reconocida?... ¿No sería ingratitud portarme de otro modo?... ¿Qué mal hay en sus visitas?

P. Tor. Ninguno... Si comprendo su encanto... Es el último recuerdo de tu paso triunfal por la escena. ¡Confiésalo, mujer! Tienes muy metido en el alma el incienso del «camerino», y te refugias ahora en las lisonjas de ese viejo imbécil, eco lejano de una música que te sedujo algún tiempo, y te atrae, y te acompañará siempre.

Fern. (*En mujer bella ofendida en su belleza*). ¿Crees tú que ya no puedo aspirar más que a las galanterías y al rendimiento de Nolo?

P. Tor. (*Con violencia*). ¡Lo que yo creo es que...! (*Pausa*).

Fern. ¡Anda! Ven, chiquillo. ¡Más celoso eres!... Para ponerse tonta de gozo si no la hiciera a una sufrir. Siéntate aquí, a mi lado. (*Amoroso, a él que, de pie, está junto a ella*). Mírame a los ojos, que no te engañan, y déjate de recelos que no hacen más que amargarnos los días con crueldad y sin razón. ¡Cuéntame!... Dime cosas bonitas... ¡Si vieras que ganas tenía de llegar a casa esta mañana! ¡Por si me esperabas tú, antipático! (*Pausa*). ¿Sigues enfurruñado? (*Levantándose*). ¡Todo sea por Dios! Cuando te em-

peñas en darla a una el día, lo consigues. De verdad que lo consigues. Y desde hace poco te has propuesto que no tengamos una hora de paz, hijo.

P. Tor. Componer un gesto de resignación es mucho más fácil que dar con razones que convenzan a uno.

Fern. ¿Pero de qué te he de convencer?

P. Tor. ¡Pues si esa es mi rabia!... Que ni yo mismo lo sé.

Fern. ¡Entonces!... ¡Eres injusto, muy injusto, conmigo!

P. Tor. ¡Y tú una gran actriz!

Fern. ¿Qué yo?... Oyeme. Yo he sido actriz, y lo fuí por no ser otra cosa, a que me empujaba todo. En el Teatro encontré refugio a mi espíritu en crisis. Hice pantomimas en escena por no hacer la del amor con quien, al fin y al cabo, derechos legítimos tenía. No iba a hacerlas ahora que no tengo más deberes que los que yo me imponga. Te suplico pues no me hables así de un pasado que no puede serme grato me recuerden, y menos que nadie, tú.

P. Tor. Pues si es eso precisamente, tu pasado, con su desfile de relaciones, de amistades y de pretendientes, lo que me tortura. Si es ese pasado, que yo no sabré nunca las emociones que ha podido ofrecerte ni la huella que esas emociones dejaron en tu corazón, el que se levanta entre los dos como un espectro.

Fern. Pues haces mal en dar vida a fantasmas. Yo no te pregunté de donde vienes, sino a donde vas. Del mañana acaso podamos disponer. El ayer no nos pertenece. Tómame tú así o ¡déjame de una vez!

P. Tor. ¡Tú, eres tú la que desea romper!

Fern. Como quieras. Es un horror de vida la nuestra. Te empeñas en violentar las cosas, y no estoy ya muy segura de que no acabemos por odiarnos. Te digo que así no podemos seguir. Y menos, hacer juntos el camino de la vida.

P. Tor. Ahora, en ofendida ¿verdad?... Será mucho mejor que me vaya ¿no?... ¡Y más cómodo, para ti! ¿No has oído?... Digo, que acaso sea mejor separarnos.

Fern. ¡Tú veras!

P. Tor. Claro, mujer. «No nos entendemos...» «Nos estamos martirizando...»

Fern. Cuando tú lo dices...

P. Tor. ¿Y lo aceptas tan friamente? ¡Mira que es el dolor!... ¡Piénsalo!

Fern. Pensando está. Nada malo hice, ni nada que pueda justificar esa actitud.

P. Tor. (*Después de una gran pausa.*) Está bien. Está muy bien. Adiós. Que seas muy feliz. Ya ves que no te deseo mal alguno. La mano, mujer... *(Cogiéndola una mano, que ella abandona.)* ¿Amigos? *(Rápido, como en fuga, sale primera derecha. Fernanda queda*

en pie junto al balcón vibrante de pena y de rabia, todo nervios. Hace un movimiento de correr a detenerle, desistiendo, abatida. Por la primera derecha, don Diego.)

ESCENA QUINTA

FERNANDA y DON DIEGO MORENO. Al final, LA DONCELLA

D. Die. Prisa lleva el galán. (*A Fernanda.*) ¿Qué le has dicho?

Fern. ¡Ay tío Diego de mi alma! Llegas a la mejor hora del mundo. ¿Recibiste mi carta?... Tú eres el único hombre que sabe llegar siempre cuando se le necesita. ¡Palabra! Quería yo decirte una cosa. ¿Qué quería decirte yo?... ¡Ah! ¿Cómo está la Casa-Blanca?... ¿Vás a ir pronto allá? ¿Hace mucho que estuviste?... Debe estar divina Santa Agueda. Una verdadera colonia y a un paso de la ciudad, a donde puede una ir y volver como de excursión. ¡Un encanto! ¿Cuánto tiempo te debo unos días en Santa Agueda?... No sé, pero ahora te cobras y me cobro. Me tienes allí todo el verano. Convenido ¿eh? Mira, y nos vamos mañana mismo si tú quieres. Pero habla, hombre, que te has quedado hecho un pasmarote.

D. Die. En cuanto tú me dejes.

Eern. ¡Ay, pues es verdad! Bueno. No hace falta tampoco. Quedamos en que salimos mañana. O esta tarde. Mejor. ¿No te parece?

D. Die. Mujer, precisamente esta tarde tenía yo quehacer.

Fern. ¡Qué contrariedad!... (*Maliciosa.*) ¿Y qué es ello, si se puede saber?

D. Die. ¿Ello? ¿Creerás que se me ha olvidado? Pero es muy importante. ¡Trascendental! ¿Qué tenía yo que hacer esta tarde?... Porque ver el relevo de la guardia no será, ¿verdad?

Fern. ¿Sí?... ¿Es que lo has tomado «al peso»?

D. Die. No, en serio, muy en serio. (*Pausa.*) Oye, ¿ese galán salía de aquí?

Fern. ¿Qué galán?

D. Die. ¿Cómo «qué galán»?... ¡Ese!

Fern. ¡Ah! Pepe Torres. Sí.

D. Die. ¿Pepe Torres?... ¿Era Pepe Torres?... ¿El que tú...? Pues mira si le llego a conocer; le malogro el mutis. Porque me interesaba a mí estar unos días más en Madrid, y acaso él... si hubiéramos llegado los tres a una inteligencia... ¡Digo yo!

Fern. No. Ya no.

D. Die. ¿Ya, no? Premisa. Conclusión: antes, sí.

Fern. Se ha despedido.

D. Die. He ahí una persona fina. Ese vuelve. No recuerdo haberme despedido jamás de una mujer, cuando de veras quise separarme de ella. A lo más, en estos casos, una cartita. Ahorra explicaciones enojosas.

Fern. Esto acabó.

D. Die. No.

Fern. ¡Sí!

D. Die. ¡No!

Fern. ¡¡Sí!!

D. Die. Bueno. Una afirmación, como una negativa, tiene siempre un valor muy relativo, en boca de una mujer. (*Pausa*).

Fern. ¡Estará hermosa la Casa-Blanca! ¡Oh, sus parrales de oro, y sus olivos de plata, y sus almendros floridos, como un tapiz de nieve y rosa...!

D. Die. Que te vas a hacer un lío con los colores. Te lo prevengo.

Fern. ¡Si vieras las ganas que tengo de pasar unos días en su huerta, la mejor de España; junto a aquellos canalillos de agua limpia y clara, que corre persiguiéndose en las presas y murmura en las cañadas...!

D. Die. Eso te ha salido bien. En Santa Agueda murmuran, las aguas en las cañadas y la Colonia toda. Ya verás cuando estés tú y caiga por allá ese galán. Que va, no te quepa duda.

Fern. ¿Vamos a dejar eso, tío Diego? (*Pausa. Don Diego se encoge de hombros y se sienta encendiendo la pipa*). Cómo fumas y cómo apesta esa pipa.

D. Die. El tabaco será. Distingamos. Mira la pipa. La Venus del Baño. Dí tú si una mujer que sale del baño, puede oler mal.

Fern. ¿Sigues con tu «manía» de coleccionista?

D. Die. Cuando se llega a cierta edad, que es la más incierta en las mujeres, debe uno dedicarse a coleccionar algo: recuerdos, cartas de amor, pipas, cualquier cosa. Es una manera de ocuparse uno o de que se ocupen de nosotros, que viene a ser lo mismo.

Fern. Estás para «cambiar de aguas», tío Diego.

D. Die. A propósito. ¿Sabes quién va allá este verano? Paca Solves. Le han recomendado las de Santa Agueda. Bueno. Eso de las aguas es un pretexto. Ya sabes que Paca Solves sale los veranos, acompañada de la infeliz de su madre, a «retozar». Y lo consigue, ciertamente. A costa del buen nombre de su marido, el honorable director del «The London Royal Bank», pero lo consigue.

Fern. ¡Tío Diego! Dices unas cosas...

D. Die. ¡Oh! Pues las que me callo son peor.

Fern. ¿Hay algo peor que hablar así de una mujer?

D. Die. Que no se hable, cuando se trata de mujeres como

Paca Solves, porque tanto quiere decir que dejaron de gustar.

Fern. Es interesante. (*Acercándose curiosa.*) Vamos a ver.. Una confesión, tío Diego. ¿Por qué no te has casado?... Nada de gestos ni de evasivas. Contéstame. Yo oí hablar a tía Mariquita de «un amor».

D. Die. El Amor, hija, que sólo se cruza una vez en el camino de nuestra vida. Lo que le sigue, como lo que le precede, no es más que la aventura—de unas horas o de unos días, pero la aventura.—El Amor que llega en la mañana alegre de la juventud o en una tarde apacible del otoño de nuestra vida, pero solo una vez. Yo dí con él, un muchacho todavía... Allá se quedó en el camino, en un convento lleno de paz y de silencio, «a orar por ti», dijo. Y mira cómo se meterían en mi alma estas horas de amor, que han podido llenar cuarenta años de recuerdos. (*Suena el timbre de la escalera. La Doncella acude a la llamada, por el foro, cruza la escena y sale primera derecha, regresando, después que entran Concha Rey, tía Consuelo y Casanova, retirándose por el foro.*)

ESCENA SEXTA

FERNANDA, DON DIEGO MORENO, CONCHA REY, TÍA CONSUELO, CASANOVA. Al final, por el foro, CHACHA DOLORES.

Concha. ¡Ya nos tienes aquí!

T. Con. ¿Cómo estás, preciosa?... Más guapa; no hay más que verte.

Concha. (*A Fernanda, presentando.*) Casanova... Mi novio.

D. Die. (*Bajando.*) Y para mí ¿No hay nada?

Concha. ¡Don Diego! ¿Usted, aquí? Estamos de suerte.

D. Die. Suerte la de... la de... (*Indicando a Casanova*).

Concha. Casanova; se llama Casanova.

D. Die. Pues digo, que suerte, la de Casanova, tu novio. Llevarse la más linda rosa del pomposo rosal de La Rosaleda. (*A tía Consuelo*). ¿Y tú, no quieres nada conmigo?

T. Con. ¡Hola! ¿Cómo estás?

D. Die. Encantado de la vida. Tú te conservas muy bien.

T. Con. Siento no poder decir lo mismo. Porque a mí no me engañas con la fachada.

D. Die. No exageres, mujer, no exageres.

T. Con. No es extraño. Ya tienes tus años...

D. Die. Cuatro más que tú. ¿Cuántos?

Fern. ¡Este tío Diego!...

Casan. Es muy simpático su tío de usted.

D. Die. ¡Vaya! Os dejo.

Fern. ¿No quieres almorzar con nosotros?

D. Die. No puedo. De verdad, no puedo. Pero vuelvo a las cinco y os llevo en el coche donde querais.

Concha. ¡Muy bien, muy bien! ¡Por unanimidad!

Cha. Dol. (*Por el foro*). ¡Ea! Todo listo. Una comida de reinas. ¡No la tienen mejor los reyes!

D. Die. (*A Fernanda*). ¿Aviso a Casa-Blanca? («*Claro*», *dice Fernanda con el gesto*). ¿Y si vuelve?

Fern. No vuelve. Descuida. Además... ¡que no quiero!

D. Die. Piénsalo. Que tú no sabes del valor de una hora de felicidad perdida, cuando ya hemos dejado atrás la mitad del camino.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En la Casa-Blanca. Espléndido «hall» de forma irregular, cerrado por amplios ventanales; zócalo de azulejos; gran puerta de cristales, paso a una terraza espaciosa que corta una balaustrada; desde aquí se domina, a poca altura, el jardín. En primer término derecha, la puerta que comunica con la calle. En segundo, lindo escritorio de mujer; encendida la luz del portátil. Primera izquierda, paso al interior de la casa. Segunda, otra puerta a la que da acceso unos peldaños, arranque de la escalera que lleva a las habitaciones altas. En el ángulo que forma ésta y el foro, se abre una ventana ojival, a través de cuyas vidrieras se ve, sobre fondo blanco, un Crucifijo pequeño, y al pie una lamparilla de aceite: vaso rojo. Mesitas y sillas volantes de mimbre. Alguna figura; búcaros de flores. Encendida, gran lampara, al centro. Las diez de la noche. Ultimos de Septiembre.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, FERNANDA, escribiendo una carta. Segundos después DON DIEGO, por la segunda izquierda.

D. Die. ¿Estás sola?
Fern. Contigo.
D. Die. Tú eres una mujer de suerte.
Fern. ¿Pues?
D. Die. ¿Estás sola conmigo, y lo preguntas? (*Se detiene y queda apoyado sobre el escritorio, mirando a Fernanda.*)
Fern. (*Después de sostenerle la mirada.*) ¿Qué miras?
D. Die. Tus ojos, que son una cosa muy seria. Tienes unos ojos muy bonitos, muy azules, y en el fondo tiembla el enigma de una estrellita verde.
Fern. ¡Oh!... ¿Todo eso descubres en mis ojos?
D. Die. Es extraño, porque en la familia no tenemos ningún

marino... que yo recuerde. Y son ojos que se han abierto mucho sobre el mar.

Fern. ¡Negro!... Que te vas a ver negro si no recoges velas. (*Riendo.*) No pierdes tú el hábito del hombre que habló a muchas mujeres. (*Sigue escribiendo.*) ¡Cavila! ¡Cavila!

D. Die. (*Después de un silencio.*) ¿A quién escribes?

Fern. A Nolo. (*Pausa.*)

D. Die. Oye, Fernanda. ¿Tú quieres a ese hombre?

Fern. ¿Por qué haces esa pregunta?

D. Die. Eso no tiene importancia. ¿Por qué no quieres contestarla?... Esto ya es más interesante.

Fern. Es que...

D. Die. Es que sospecho no te haces cargo de que te estás buscando una situación muy difícil. Pepe Torres no levanta el campo, ni a ti, presumo, te haría mucha gracia. Nolo va y viene esperanzado... tú sabrás por qué. Y es que, la mujer de más clara inteligencia, tarda siempre en hacerse cargo cuando anda por medio la galantería.

Fern. No te preocupes. Yo me conozco bien.

D. Die. ¿Y estás tan segura de tu fuerza de voluntad para dirigirte?... Porque esto es mucho más importante.

Fern. ¿Qué quieres decirme?

D. Die. ¿Quieres oirme?... Pues oye. Que distingas bien lo que existe de caridad en tus afectos y lo que tienen de amor; que se confunden a veces, pero son cosas distintas; y que nunca se está más lejos de querer a una persona que cuando nos inspira el dulce sentimiento de la piedad. ¡Ahí llega Concha Rey! Creo haber dicho lo bastante. (*Se oye hablar a Concha Rey, dentro, nerviosísima.*)

ESCENA SEGUNDA

FERNANDA, DON DIEGO. De la calle, CONCHA REY, seguida de SORIANO, que se queda en la puerta.

Concha. ¡Pasa Soriano, pasa! Pasa y siéntate, alma mía! (*A Fernanda.*) Ya ves. ¡Hasta dentro de casa! ¡A ver!... ¡Un capitán! ¿Dónde está el capitán que se atreva a robarme? (*A Soriano.*) ¡Que ya te puedes ir, monada, que ya te puedes ir!

Soriano. No se enfade la señorita Concha. Uno cumple lo que le mandan. (*Socarrón.*) ¡Como están ustedes de monos...!

Concha. ¡Tus narices! ¿Te enteras? ¡Vete, vete, y me esperas con Chacha Dolores, o no me esperas, que no me roban! ¿Te enteras?

Soriano. Sí, señora, sí. *Tó* se *pué* arreglar. Si la señorita va a estar un rato largo, me llegaré al pueblo por las cartas de la señora y del señor... y así uno no ve nada.

Concha. Pero volando, Soriano, ¡que llegas tarde! *(Soriano se retira después de pasarse el sombrero seis veces de mano, calmosamente.)* ¡Gracias á Dios! A todo esto, buenas noches.

Fern. ¿Pero qué te pasa a ti hoy?

Concha. ¡Que he roto con Casanova!

Fern. ¡Acabáramos!... Así tienes los nervios.

Concha. Te diré... te diré. Yo no sé que haya roto. Pero de que ha «rifado» tía Consuelo ¡no me cabe duda! Y como no quiere que hable con él, me hace acompañar ¡hasta al teléfono!

Fern. ¿Y por qué no vino contigo?

Concha. ¡Qué cosas dices! Si está para morirse «¡Pum!»

D. Die. ¿Quién?...

Concha. «¡Pum!» El loro. Es lo más grave que ha podido ocurrirnos. Ha trastornado la casa. Pues esa ha sido la riña con Casanova. Quiso hacer un chiste sobre el loro y ¡había que ver a tía Consuelo! Bueno; a distancia, porque se puso como loca.

Fern. Pues hija, el animalucho es un asco, y se cae de viejo. No me explico la predilección de tía Consuelo por ese bicho.

D. Die. Sí, mujer. ¿No ves que cumplen años el mismo día?

Concha. ¡Don Diego!...

D. Die. Represalias. ¡Ella me pone de vejestorio que no hay por donde cogerme!... Y eso que es la única novia que me dejó plantado.

ESCENA TERCERA

FERNANDA, DON DIEGO, CONCHA REY Y CASANOVA

Casa. Muy buenas noches.

Concha. *(Inquieta, fuguilla.)* ¿Te ha visto Soriano?

Casa. Creo que no. Ahí fuera no está.

Fern. Pero hombre, ¿qué ha hecho usted?

D. Die. Eso del loro es muy fuerte.

Casa. No, si yo estoy dispuesto a retirarlo; a proclamar que «¡Pum!» es el animal más inteligente que he conocido; a suprimir lo de animal, si molesta. *(Las mujeres y Casanova fueron saliendo hasta la terraza.)*

ESCENA CUARTA

FERNANDA, DON DIEGO, CONCHA REY, CASANOVA. De la calle PACA SOLVES, con PEPE TORRES. Este, saluda a DON DIEGO y se dirige a la terraza. PACA queda en primer término con DON DIEGO.

Paca. ¡Pero qué estúpidos son ustedes los hombres!... No pueden acompañar a una mujer sin decirla seis atrocidades por minuto. *(A los de la terraza.)* Aquí os traigo a Pepe Torres. Y encima no me lo agradeceréis.

D. Die. *(Malicioso, bajo.)* ¿Viene usted de muy lejos, Paca?

Paca. Del Balneario. ¿Por qué?...

D. Die. Para calcular las atrocidades que la dijeron. Conociendo la distancia...

Paca. Me acompaña usted luego y echa la cuenta más exacta.

D. Die. No lo quiera Dios. Es usted una mujer peligrosa.

Paca. ¡Bah! Leyenda.

D. Die. ¿Vamos a llamarlo historia?

Paca. ¡Por mí! Ya sé que la historia... de los demás, es su fuerte.

D. Die. Se exagera. No obstante, conozco, conozco yo algunos episodios que podrían llenar una página de oro en la crónica galante de un pueblo de aventureros y de enamoradas de la aventura.

Paca. ¿De veras?... ¡Oh! Es extraordinario.

D. Die. ¿Lo dudáis?... Concededme unos minutos y yo os recitaré el exquisito madrigal de aquella noble hija de un rey de Egipto, que habiendo exigido a cada uno de sus amigos de una noche un bloque de piedra, pudo un día levantar la pirámide mayor del mundo.

Paca. Debe ser curioso. ¿Y cree usted que podrá oirlo una dama de... nuestro tiempo?

D. Die. ¡Ya, no!

Fern. *(Al observar que Pepe Torres avanzó y está junto a su escritorio hojeando periódicos,)* ¡Tío Diego! ¡Que estás monopolizando a Paca y esperan turno!

D. Die. ¡A la cola!

Paca. ¡La suerte de las feas! ¡Ahora vamos! *(A Don Diego.)* Si no fuera indiscreción le haría a usted una pregunta.

D. Die. ¿Indiscreta una pregunta? No crea usted en eso. Las respuestas es lo que suelen serlo alguna vez.

Paca. En la madrugada del jueves ¿perdió usted un llavín?

D. Die. No sé...

Paca. Ese llavín, a media noche, abre un chalet que tiene un gran ciprés en la plazoleta.

D. Die. ¿Cómo sabe usted?...

Paca. ¿A la hora que usted llega?
D. Die. ¿...Que tiene un ciprés?
Paca. ¡Oh! Se ve desde el camino.
D. Die. ¿En la noche?... ¿Ve usted? Es usted una mujer peligrosa.
Paca. ¡Bah! Leyenda. Usted sí que es un hombre... discreto.
D. Die. (*Resueltamente, en complicidad de galanterías.*) ¿Amigos, Paca?
Paca. Siempre, Don Diego. El eterno galán...
D. Die. De noche. Ya sólo de noche.

ESCENA QUINTA

FERNANDA, DON DIEGO, CONCHA REY, CASANOVA, PACA SOLVES, PEPE TORRES. Por la primera derecha, con abrigo de entretiempo al brazo y unos periódicos en la mano, NOLO.

Nolo. ¿Dan posada al peregrino?
D. Die. ¡Hombre, aquí tenemos a Nolo! ¿Llega usted ahora, en el expreso?
Nolo. El tiempo preciso para quitarse el polvo del camino.
Fern. ¿Por qué no avisaste?
D. Die. Se le hubiera mandado el coche.
Nolo. Muchas gracias. Espera en la estación el del Balneario. (*A Fernanda.*) ¿No has recibido dos cartas mías?
Fern. (*En evasiva.*) Sí...
Nolo. Me preocupaba pudieras estar enferma, y he venido. ¿Estás bien?
Concha. ¡Qué barbaridad! (*A Don Diego.*) Oiga usted esto. Dice Pepe Torres que no hay, como novia, mujer más insoportable que la mujer de teatro.
D. Die. Pues mira, no está mal. Ahora, que yo las disculpo porque acaso sean las más atormentadas por la curiosidad del amor.
Paca. (*A Nolo.*) ¿Le dieron a usted el 13? No me gusta ese cuarto. Tiene la negra. De los dos últimos que lo ocuparon, uno se volvió loco y el otro se pegó un tiro.
Fern. Tiene muchos detractores la mujer de teatro. Es una muñeca que el hombre pretende alcanzar con unas frases bonitas, y cuando ve que hay que llevar en la mano un corazón, se echa a un lado y se dedica a hablar mal de ella.
Paca. Como que los hombres son tontos o malvados; alguna vez las dos cosas.
D. Die. Puede que tenga usted razón. El hombre no acertó jamás a comprender el amor. Y el de las mujeres del

teatro, menos, porque tienen una más aguda sensibilidad y una inteligencia más despierta.

P. Tor. Me declaro vencido. Ante un senado de mujeres guapas hay que entregarse sin condiciones.

Nolo. Y sin ello, señor, sin ello. Que siempre, mientras la mujer cuidó el amor como a un pájaro mal herido, el hombre lo mancilló; que mientras la mujer se entrega con toda su ternura, hay hombres que sólo saben hacerlas llorar. *(En reto a Pepe Torres.)* ¡Bien que éstos merecían se les partiera el corazón!

P. Tor. Pero es que para ello precisaría que interesase a dos hombres la misma mujer, y que uno de ellos fuera manco. ¿No cree, señor?

Fern. *(En voz baja.)* ¡Por lo que más quieras, que me estás haciendo sufrir!

Paca. ¡Bah! No se ponen ustedes de acuerdo, ni vale la pena.

D. Die. La verdad es que necesitamos enamoraros, que es volveros locas, para que no nos rechacéis asustadas, cuando nos sentimos «hombres». *(Con desprecio.)* Lo que se dice «hombres».

Concha. Sabe usted mucho, don Diego.

D. Die. No, hija, no. Todo lo que yo sé es que la vida no puede sernos amable sin mucha caridad, ni podremos vivirla sin una gran indulgencia. Y eso no lo aprendí en los libros.

Concha. Se ha puesto usted muy serio.

D. Die. No volveré a hacerlo. ¿Le gusta a usted mi calva, Paca?... Es usted de una perversidad que espanta. No, no me mire usted así. Era... para volver al buen camino. Al de la sonrisa, don divino que los dioses negaban a un pueblo cuando querían castigarle sin piedad.

P. Tor. *(A Paca.)* Tiene usted para mí toda la tentación, la tremenda tentación de una flor roja, abierta al borde de uno de esos caminos que llevan a todas partes.

Paca. ¿Sí?... Pues siga... el suyo. *(Por Fernanda.)* Que nos están comiendo con los ojos.

D. Die. Son ganas de complicar más las cosas. *(A Nolo.)* En la vida no existen esos problemas pavorosos con que pretenden amedrentarnos, señor. Yo la reduzco a una fórmula sencilla. Todo consiste en saber distinguir, separar, clasificar... Esa es la frase. *(Paca Solves se separa de Pepe Torres, incorporándose a los demás.)* ¿Queréis la receta para ser menos desgraciados?... Olvidad lo malo que se dice de vosotros; guardad en cofre de sándalo cuanto de bueno se diga. ¿De quién no se dijo una vez algo agradable?...

Pues estos recuerdos os bastarán para sentiros felices.

Fern. *(A Pepe Torres.)* Me has escrito pidiéndome una entrevista. ¿Qué tenías que decirme?

P. Tor. ¿Ahora?... Se me ha olvidado. En absoluto.

Fern. Entonces... es que no merece la pena.

P. Tor. Puede.

Fern. ¿Qué hablabas con Paca Solves?

P. Tor. La hacía el amor.

Fern. Haces... bien. ¡Pero no tendrás la pretensión de que te envidien la conquista! (*Se separa nerviosa, dominándose.)*

Concha. Me hizo el amor unos días. ¡Lo que nos reímos de él! Había que oirle decir: «Mis antepasados se batieron en Guadalete; uno de mis abuelos acompañó a don Fernando el Católico en el sitio de Granada»... ¡Más gracioso el pobrecillo!...

D. Die. Haberle enseñado los brazos, muchacha. No hay «guadalete» que resista ante unos brazos desnudos de mujer: se casa.

Casa. ¡Caray! Pues mire usted si llega a seguir el consejo...

Paca. No hay que tomarlo en serio, Casanova.

D. Die. Pero si es que os pierde a las mujeres la imaginación... y la memoria. Poetizáis el hecho más sencillo, y recordáis siempre la primera emoción, cuando ya nosotros tenemos que hacer un esfuerzo extraordinario para recordar la última. (*A Pepe Torres.*) ¿No opina usted?

P. Tor. Siento decirle a usted que no. Su ironía hace daño. Es... la más implacable condenación del esfuerzo y de la lucha, de cuanto, por ser acción, puede llevarnos al fracaso, pero también a la felicidad.

D. Die. No tengo nada que oponer. Hay, entre usted y yo, una diferencia de años que no podríamos salvar, aun con el mejor deseo por parte de los dos. (*Gran pausa.*)

Concha. (*Suspira.*) Ha pasado un ángel.

Casa. (*Como a quien se le ha ocurrido una gran idea, asombrado de su mismo descubrimiento.*) ¿Por qué no se hace música?... Digo yo, si a ustedes...

D. Die. ¿Ves? Eso es siempre más agradable. Has tenido una idea. Has tenido «un lleno», como se dice ahora.

Paca. Yo me voy a ir pronto.

Concha. Y todos.

Paca. Pero les acompaño un ratito. (*A Nolo.*) ¿No viene usted con nosotras? (*Nolo se inclina, aceptando; salen segunda izquierda, Concha Rey, Paca, Casanova y Nolo.*)

P. Tor. (*A Fernanda.*) ¡Quédate!

Fern. Te odio.

P. Tor. Así estás mucho más interesante.

Fern. ¿Es una frase?... A lo mejor no es tuya.

P. Tor. ¡Qué más da! Te la regalo, pero ¡quédate! (*Don Diego, un poco rezagado, desde el rellano de la escalera, mira, comprende, que es disculpar, y desaparece. Pausa.*)

Fern. Tú dirás. Ya estamos solos, gracias a tío Diego. Discúlpale si te ha contrariado.

P. Tor. ¿En qué?...

Fern. Si has de acompañar a Paca Solves...

P. Tor. ¡Y qué me importa a mí Paca Solves!

Fern. ¿De verdad que no? ¡Hijo, pues lo disimulas muy bien!

P. Tor. Eso no ¿eh? Hablemos poco y claro. Esta situación es insostenible. ¡Yo te quiero, Fernanda!... ¡Te quiero! (*Pausa.*)

Fern. Sigue. (*Pausa.*) ¿Eso es todo lo que querías decirme? Pues no tiene ni el encanto de la novedad. ¡Me lo has dicho tantas veces!

P. Tor. ¿No me crees?

Fern. ¿Por qué no...? Tú dices casi siempre la verdad. Lo sé. Pero sé también que si te hiciera caso, si me rindiese nuevamente a esa suave ilusión de verdad, tendría que arrepentirme muy pronto. ¡Y eso no! Ya me has hecho sufrir bastante. ¡Que me quieres!... Bien. ¿Pero cómo me quieres?... ¿Qué amor es el tuyo que no ofrece más que dolores?

P. Tor. No sé. Yo no sé de razonamientos. Yo sólo sé que te quiero como tú mismo no has sabido o no has querido comprender. Con un deseo tan ardiente que quisiera darte todo el dolor y la gloria toda que de ti recibo, en suprema exaltación de mi alma.

Fern. (*Con angustia amorosa.*) No. Lo mejor será que te vayas, Pepe, y que cada uno siga su vida. Una vida llena de recuerdos demasiado tristes para sentir el ansia de volverla a empezar sin temor. Acabaríamos por odiarnos. Si ahora mismo, más que amor, parece odio lo que sientes.

P. Tor. Sí; odio. Te tengo odio, porque estamos perdiendo muchas horas de felicidad, que ya no podremos recobrar; te tengo odio, porque hace tiempo hemos debido vivir nuestra vida, intensamente, desesperadamente, como si al otro día nos fuéramos a morir, o a separar, que siempre es morir un poco.

Fern. No. Decididamente, no. ¿Sufres? ¡Mejor! Bueno es que empieces a saber lo que has hecho sufrir a los demás. Decidididamente, no.

P. Tor. ¿Es tu última palabra?... Entonces... dí que he perdi-

do para siempre tu corazón... ¡y ya sé lo que he de hacer! (*Coge arrebatado el sombrero, dirigiéndose a la puerta.*)

Fern. (*Cortándole el paso.*) ¿Qué?... (*Trémula, enamorada.*) No lo harás. Tú no harás eso, porque sería una locura. Si fuera posible todavía... olvidar los agravios, y afirmar nuestra fe, ¿lo ibas a lograr así?... No lo harás, porque me amargarías la vida. Y me quieres tú demasiado para eso. ¿Verdad que me quieres tú? No, no me digas nada... Espera... No me encuentro bien... (*Con desaliento.*) ¡Pero si es que no puede ser!... ¡Si es que hay algo más fuerte que tu amor ¡la duda! que proyecta una gran sombra a nuestra vida!... ¡Si es que tú ves fantasmas en todas partes y a todas horas, y esto es un martirio espantoso!...

P. Tor. Dí tú que no tengo razón.

Fern. ¿En qué la tienes?... ¿En que antes de conocerte viví otra vida y conocí otras gentes?... ¿Es mía la culpa, si culpa hubiera en ello?... ¡Ojalá fueses tú el primero! ¡Te lo juro... por lo más sagrado, por el dolor de mi pequeña muerta, que sólo tú has podido hacerme olvidar! ¡Mira si te habré querido! Y a esto respondes a todas horas con malicias y sospechas...

P. Tor. Ya no, Fernanda. Yo creo en ti, ¿sabes? ¡Yo «quiero» creer en ti!... ¡Si yo «quiero»! ¡Si lo necesito!...

Fern. Y no podrás, ¡no podrás! Y yo quisiera saber cómo darte una fe que sería la felicidad de los dos. Te engañas ahora, con el mejor deseo; pero dentro de unos días, mañana mismo, acaso de unas horas, volverá a ti la duda, para nuestra desesperación.

ESCENA SEXTA

FERNANDA. PEPE TORRES. Primera derecha, LA DONCELLA con unas cartas. Al final, segunda izquierda, DON DIEGO. Después, NOLO, que asoma.

Donc. Señorita... Esta carta que ha traído Soriano; y éstas para don Diego.

Fern. (*Señala a la doncella la segunda izquierda, por donde desaparece ésta; a Pepe Torres.*) La correspondencia del expreso. La recoge Soriano muchas noches, a la hora del correo oficial.

P. Tor. (*Como ella se queda con la carta en la mano, vacilando.*) ¿Molesto?

Fern. ¡Qué tontería!

P. Tor. ¿No te interesa?

Fern. La reexpiden de Madrid. No conozco la letra. No sé de quién pueda ser. ¡Déjala! Ya la abriré luego.

P. Tor. A lo mejor es algo urgente...

Fern. (*Decidiéndose, intrigada.*) Con tu permiso... (*Así como avanza en la lectura se emociona, acabando ésta con desaliento, casi en lágrimas, retirándose para sustraerse a la mirada inquieta de Pepe Torres.*)

P. Tor. ¿Alguna mala noticia?... ¡Fernanda! ¿Qué dice esa carta?

Fern. Nada, déjame, nada. Son cosas mías...

P. Tor. (*Violento.*) ¡Dame esa carta!... Perdona. (*Humilde.*) ¿Quieres darme esa carta?...

Fern. ¿Eh? (*Indignada, rechazando el agravio de la sospecha.*) ¡Ah! ¡No! No tienes fe en mí... ¡No la tienes! ¡No la tendrás nunca!

P. Tor. ¡Pero si es que!...

Fern. ¡Es que mereces que sea verdad lo que sospechas! ¡Déjame! ¡¡Vete!! (*Amargadísima. Vacila él, en lucha con su espíritu, que quiere desterrar la duda y no puede. Al fin, rápido, sale primera derecha, desesperado. Por la segunda izquierda, Don Diego. Un segundo después, Nolo, quedando éste en el rellano, sin bajar la escalera.*)

D. Die. Oye; mira lo que cuenta Sotomayor... ¿Eh? ¿Qué te pasa a ti?... Estás fría... ¿Lloras?... ¿Qué es esto, Fernanda?

Fern. ¡Que le quiero, tío Diego, que le quiero con toda mi alma, y no cree en mí, y huye de mí, cuando le he dado el corazón para toda la vida!...

D. Die. ¡Para toda la vida!... He ahí una palabra espantosa. No pude oirla una sola vez sin extremecerme. ¡Y las mujeres la dáis un matiz tan grave! (*Sentándose frente a ella, y separándola las manos del rostro.*) Ven aquí, hija, ven aquí, y óyeme.

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo marco escénico del segundo. Mediado Octubre. Las cuatro de la tarde.

ESCENA PRIMERA

FERNANDA acodada sobre la balaustrada. —DON DIEGO baja lento por la segunda izquierda. Desde el centro de escena.

D. Die. ¡Hola, chiquita! Creí habías salido. (*Pausa.*) ¿No entras? Está la tarde fresca y puedes tomar frío.

Fern. (*Displicente.*) Déjalo.

D. Die. (*Junto a ella.*) ¿Qué tienes?... ¿Fastidio?

Fern. Debe ser el tiempo. No es muy alegre el campo en Otoño.

D. Die. No digas heregías, mujer. ¿Qué otra época del año puede ofrecerte el suave encanto de estos crepúsculos que no acaban nunca? Tienen emoción y tienen dulzura.

Fern. ¡Pues eso digo! Que la alegría o la tristeza nos vienen de fuera; que es el tiempo, que ès la hora la que se refleja en nuestras almas, como la imagen sobre el cristal de un lago. ¿No es lo mismo?

D. Die. Lo mismo... solo que todo lo contrario. A mis años, no diré que no. A los tuyos, no es la hora la que se entra en nuestro espíritu, sino éste el que se proyecta como una sombra, la gran sombra de nuestras alegrías o de nuestras incertidumbres, sobre la hora de evocación.

Fern. Entonces, según tú, cuando jóvenes...

D. Die. Cuando jóvenes no sabemos todavía que la tarde ofrece siempre matices más suaves que la mañana,

y que si algún recuerdo ha de perfumar nuestra existencia lo deberemos siempre a la paz de una tarde gloriosa, en la que nos emocionó la voz de una mujer. No estás tú muy segura ¿verdad?.,. ¿Por qué no lo aclaras?... El diálogo con «él», es el único medio que conozco.

Fern. Ya se me presentará ocasión. ¿No crees?

D. Die. Provócala. Eso sería fortaleza de ánimo. Esperar se nos dé la ocasión es siempre flaqueza de la voluntad. Mientras, la duda te atormentará. Y no es lo peor que puede pasarte.

Fern. ¡Pues sí que has bajado tú metafísico, tío Diego!

D. Die. ¡Oh! No es empresa fácil penetrar en el sagrado de un corazón, cuando se ampara en el silencio. (*Aparece Concha Rey en el descansillo de la escalera.*)

ESCENA SEGUNDA

FERNANDA y DON DIEGO. Por la segunda izquierda, CONCHA REY.

D. Die. Aquí tenemos a Conchita. Estás monísima, hija. ¡Si a ti te estaban haciendo mucha falta unos días a nuestro lado, lejos del cascanueces de tu tía y de su loro. No te rías, no.

Concha. ¡Se nos ha estropeado la tarde! ¿No salimos, verdad?

Fern. Yo, no. Salid vosotros si queréis.

Concha. ¡Si lo decía por ti! (*Desde la terraza, mirando a la derecha.*) Por allá va Paca Solves. Lleva un traje «llama» que está pidiendo a gritos un bombero.

Fern. ¡Oh! Es muy «distinguida» Paca Solves.

D. Die. De una «distinción» que constipa. (*Acercándose.*) Pues es verdad. Se destaca vigorosamente el rojo de su traje. Ahora descubro yo toda la importancia de aquella frase «flor roja abierta al borde de un camino», con que la regaló...

Fern. ¿Quién?

D. Die. ¡Pues ya no me acuerdo! Tengo una cabeza... No viene por aquí hace unos días Paca Solves.

Fern. Ella sabrá por qué.

Concha. Estamos un poco frías. Ha «rifado» con las principales familias de la colonia. Yo ahora, cuando la veo, la saludo así, con la mano.

D. Die. Y yo en tu lugar la saludaría con las uñas.

Concha. ¿Por qué?

D. Die. Porque le hace el amor a tu novio. ¿Te parece bien?

Concha. No me interesa. Se lo traspaso.

D. Die. ¿Así estamos?

Concha. Es simple el pobrecillo.

D. Die. ¿Te digo una cosa? ¿No te molestas? Pues... que sí, que sí parece un poco simple el muchacho.

Concha. ¿Parece un poco? Pues es mucho más.

D. Die. Pero es guapo. Guapo y simple... puede ser un buen marido.

Concha. Pues yo, entre un hombre que sepa decirme cosas bonitas y otro que no sea más que guapo, me quedo con el primero.

D. Die. ¡Qué lástima... no ser el primero! (*Desde la terraza.*) Os prevengo que viene aquí Paca Solves. No, si os contraría, la espanto.

Fern. Da lo mismo.

Concha. A lo mejor nos ha visto.

D. Die, No importa. Vais a ver como la echo. (*Sale primera derecha. Pausa.*)

Concha. ¿Qué tienes tú, Fernanda?

Fern. No sé. Una zozobra que no sabría explicarme. Tengo el presentimiento de algo que puede ser decisivo en mi vida.

Concha. (*Con temor.*) ¿No has sabido nada de... Pepe Torres?

Fern. (*Con ansiedad.*) Nada. ¿Tú, acaso? ¿Has hablado con él?

Concha. (*Atropellada, como en disculpa.*) ¿Te han dicho? No lo creas. ¿Cómo he podido hablar con él sin que te enterases tú? Lo hubieras sabido... por mí.

Fern. (*Un segundo preocupada.*) Es extraño. ¡Bah! (*Pausa.*)

Concha. ¿No te ha escrito?

Fern. No.

Concha. ¿Y de Nolo? ¿No tienes noticias?

Fern. Tampoco. Y me da miedo ese hombre. Aquella noche debió oirlo todo y me asusta el mal que haya podido hacerle.

Concha. ¿Por qué le diste esperanzas?

Fern. Por acabar de una vez con el tormento del otro. Por levantar entre los dos la conciencia del deber. Por caridad. Porque estaba loca seguramente. Y no, no es posible. Yo que me sentía orgullosa del dominio que tuve siempre sobre mí misma, porque era el cerebro escudo contra todas las inquietudes que nos asaltan, y llegar ahora a convencerme de que sólo manda el corazón. ¡Es para llorar de rabia! Y ese Nolo que no habla, y sabe, y sufre, me da pena, y me da miedo.

Concha. Dile la verdad.

Fern. (*Cogiéndola del brazo y llevándosela por la terraza, izquierda.*) ¡La verdad! ¿Será eso lo mejor?... ¿Cada verdad que descubrimos no es un poco de felicidad que perdemos? ¿No será un nuevo dolor que echamos sobre la vida de los demás?

ESCENA TERCERA

PACA SOLVES y DON DIEGO, primera derecha. Después, por ésta, LA DONCELLA.

Paca. (*Riendo estrepitosa.*) Ya sabía yo que íbamos a ser muy amigos.

D. Die. Es que la temo a usted.

Paca. ¡Pero esto es un engaño!

D. Die. ¿Pues?...

Paca. Me aseguró usted que estaban aquí Fernanda y esa monada de Concha Rey.

D. Die. Sí, ciertamente, la dige.... Fué una añagaza para retenerla a usted a mi lado. Ardides de hombre galante y viejo. ¡No me disputará usted el privilegio!

Paca. ¿Cuál de los dos?

D. Die. El de viejo.

Paca. Bueno, pero de todos modos, mentira.

D. Die. ¿Bonita? ¡Pues qué más da! El amor mismo ¿no es una dorada mentira que aceptamos como verdad? ¿Y no debemos al amor las horas más intensas de nuestra vida?

Paca. Usted sabrá.

D. Die. ¿Y usted no?

Paca. Es usted muy curioso. ¡Oh, pero siempre agradable, y hasta con sus toques de poeta!

D. Die. Otro privilegio de los años.

Paca. Y... después, ¡vamos! cuando rinde la fortaleza, ¿sigue usted así?

D. Die. No. A mí me ocurre lo que a los pájaros: que se quedan mudos en cuanto hacen nido. (*Aparece la doncella.*)

Paca. (*Riendo y levantándose.*) ¡Qué atrocidad!

D. Die. Avisa a las señoras, que está aquí doña Paca.

Paca. (*Saliendo a la terraza.*) ¡Huy, «Doña Paca!»... Mire usted, mire usted. Allá va Pepita Roca. ¿Sabe usted lo que corre de ella por la Colonia?... ¡No quiera usted saber! ¡Una de cosas!...

D. Die. ¿De Pepita Roca?

Paca. Horrores. En Santa Agueda no se habla de otra cosa. Pero yo lo dudo. ¡Ni se le nota, señor! Es un absurdo ¡vaya! Una muchacha tan modosita, tan buena...

D. Die. ¡¡Y tan fea!! Porque es definitivamente fea. ¿Cómo es posible que se atreva nadie?

Paca. (*Riendo estrepitosamente.*) ¡Ande usted y que le zurzan, hombre!

D. Die. ¿Se va usted ya? Sin ver a...

Paca. Usted me disculpará. Se me hace tarde. Además... que ya me hago cargo. Conchita Rey, andará malucha ¿no? Esa niña no goza de mucha salud. ¿Quiere usted decirla una cosa de mi parte?... Que no pierda otra noche a la reja con Pepe Torres, que no es por ahí. Y a Fernanda, lo que usted quiera; que se la quiere siempre. Usted me disculpará...

D. Die. (*Certero, buscando hacer sangre, rápido.*) ¿Es verdad que hace usted el amor a Pepe Torres?

Paca. ¿Yo?... ¡Graciosísimo!... Es una barbaridad, pero tiene una gracia loca... (*Ríe escandalosamente.*) No me haga usted caso. ¡Y no ponga usted esa cara! ¡Vaya, buenas tardes! ¿Amigos, eh?... ¡Nosotros siempre tan amigos!... ¡Adiós, don Diego, adiós!... No, no se moleste. (*Don Diego queda a mitad de escena; se le ha ocurrido algo muy fuerte; después piensa que nada vale la pena de nada; que ella ha visto claro se la ha puesto en la calle, y con un gesto de «qué más da, señor, qué más da», sale foro izquierda, cruzándose con la criada, que desaparece primera derecha.*)

ESCENA CUARTA

CHACHA DOLORES y PEPE TORRES. Después, foro izquierda, CONCHA REY.

Ch. Dol. Voy corriendo. ¿Ha dicho usted a don Diego? ¿Que es al tío de «la niña» a quien hay que pasar aviso?

P. Tor. Sí, mujer, sí; al señor Moreno.

Ch. Dol. ¿Y si...? ¡Las mujeres somos tan curiosas! A lo mejor está con él «la niña»... A «la niña» ¿ni una palabra?

P. Tor. Ni una palabra, Chacha Dolores.

Ch. Dol. Está muy bien. ¡Saberlo una! (*Dirigiéndose al foro.*) ¡Lo que voy a tardar en contárselo! (*Saliendo por la izquierda.*) ¡Estás tú bueno! (*Pausa.*)

Concha. (*Al cruzar la terraza, como sorprendida.*) ¡Pepe! ¿Tú aquí?

P. Tor. Ya ves. ¡Supondrás a qué vengo!...

Concha. ¡Oh, no, no! Es demasiado. ¡Por Dios, vete!

P. Tor. Siento no poderte complacer. He pasado aviso a don Diego. No sé aún lo que he de decirle, pero ¡qué importa! Ha sido una «corazonada». Me entraron unas ganas locas de verme en esta casa, y ya no supe oir otra voz que la que me empujaba a ella, que era todo: el recuerdo y la esperanza. (*Con naturalidad.*) ¿Por qué me huyes?

Concha. Porque debo, Pepe; porque esto no está bien. Y si me volviste loca para olvidar unos días lo que yo soy para Fernanda, y lo que ella es para mí, pasó

ya. Creo hemos llegado a tiempo. Por eso y para eso dejé de frecuentar los sitios que frecuentas, y me puse a salvo de encuentros *casuales*, no saliendo sino con ella.

P. Tor. ¡Ya he visto! ¿Y buscaste refugio en esta casa?

Concha. Pues que no pensé que tú llegaras ¿dónde otro más seguro?

P. Tor. ¡Conoces tú poco todavía de las pasiones de los hombres!

Concha. Sí, sí; puede que sea eso. Más ¡por Dios! vete. Si Fernanda se enterase de que tú has podido hablarme y yo oirte, grave herida para su confianza y para su amor.

P. Tor. ¡Y qué me importa a mí esa mujer! ¡Que pase por todos los dolores que de todos he sabido yo por ella!

Concha. ¡Que no te importa esa mujer!... Te engañas a ti mismo. ¡Si no vives más que por ella y para ella! ¡Si no buscas en las demás mujeres sino aturdirte, como en Paca Solves; el rastro de su perfume, como buscaste en mí. Ya ves que lo he visto claro, y que no te guardo rencor.

P. Tor. Te aseguro...

Concha. No. Yo valgo muy poco, y poco puedo ser en tu vida. Pero, aunque no fuera así, con cualquiera antes que contigo. Te oí una noche a la reja, complacida, y ya en ello hay pecado y remordimiento. Si eso te autoriza a pensar que he sido una mujer ligera, no te da derecho a hacerme sonrojar ante esa dulce amiga mía... (*Aparece en la terraza don Diego, foro izquierda. En fuga, aturdida.*) ¡Don Diego! Tiene usted visita. Aquí Pepe Torres que no nos olvida... Hasta ahora mismo ¿eh?, hasta ahora mismo. Ahí se quedan ustedes... (*Sale foro izquierda. Chacha Dolores cruza del foro a primera derecha. Cuando quedan solos, avanzando, don Diego Moreno.*)

ESCENA QUINTA

PEPE TORRES. DON DIEGO. CONCHA REY, después. Más tarde, LA DONCELLA.

D. Die. ¿Deseaba usted hablarme? Siéntese.

P. Tor. Usted habrá de perdonarme. Me han asegurado que una de estas noches habló usted de mí en términos poco... ¿cómo diré yo?

D. Die. ¿En dónde?

P. Tor. No sé... Creo que en Santa Agueda.

D. Die. ¿Le han dicho a usted eso?

P. Tor. No puede usted dudarlo. Y aunque este paso le parezca a usted un poco extraño, por el respeto que

usted me merece he creído un deber darlo. Espero de su amabilidad conocer la opinión que mi conducta haya podido merecerle, para justificarme, si puedo, para ponerme a su disposición, en otro caso. (*De pie.*)

D. Die. ¿Para qué...? Siéntese. Permítame le diga tiene usted muy pocos años. No crea usted; a los suyos hubiese hecho yo algo parecido. Quizá fuese más lejos; que las tonterías, o se hacen gordas, o no se hacen.

P. Tor. Eso quiere decir...

D. Die. Nada; eso no quiere decir nada. Acaso justifique la diferencia de actitudes. En cuanto a lo que a usted interesa, por lo visto, he de decirle que le informaron mal. Podría yo dolerme de su ligereza; pero no lo haré, entre otras razones, porque no le doy más importancia que la que tiene. Y concreto: no he formulado juicio alguno acerca de su... conducta, que me explico yo como una gran incomprensión de la realidad de la vida, a su pesar y contra lo que usted mismo desea. A quien pude hablar, no lo intenté siquiera. Y si no lo hice con quien podría ser un deber, malamente iba a ir con esas cosas a gente extraña a ellas.

P. Tor. Entonces... (*Pausa.*)

D. Die. No tengo prisa. Puede usted buscar otra «situación».

P. Tor. (*Levantándose.*) ¡Señor Moreno!

D. Die. ¿Se ofende usted? Hace mal. ¿Me permite usted una palabra?... Que sospecho nada han podido «asegurarle» a usted; es más, que no es el afán de pedirme una explicación lo que le trajo a esta casa.

P. Tor. Pues yo respondería mal a su confianza, si le ocultase busqué encontrarme aquí con otra persona que estuvo en el Hotel hace unas noches, en mi ausencia, no sé si con propósitos de pendencia.

D. Die. ¿A quién se refiere usted?

P. Tor. ¡A ese payaso triste que hace el amor a Fernanda!

D. Die. Podría pedirle a usted alguna mayor consideración para Nolo. No merece ese trato. ¡Pero tampoco en esto nos entenderíamos! Yo no sé si Nolo corteja a Fernanda. Ella sabrá lo que hay de cierto y lo que debe hacer. Lo que yo puedo decirle es que Nolo salió de esta casa una hora después que usted y no hemos vuelto a saber de él. ¿No es bastante?... (*Aparece Concha Rey, curiosa, por ella y por la otra, de recoger algo de la entrevista.*)

P. Tor. Acaso Fernanda sepa algo más.

D. Die. Es posible. ¿Quiere usted salir de dudas? (*Oprime el botón del timbre.*) En el supuesto que ella quiera hacerle depositario de su confianza. (*A la Doncella, primera derecha.*) A la señora, de mi parte, que ten-

ga la bondad de venir. (*Sale la Doncella foro izquierda. Don Diego llega junto a Concha Rey, que se hace la distraída mirando a la huerta.*) ¡Hola, monada!... Se está bien aquí ¿eh?... Solo que tú debes retirarte, Conchita.

Concha. ¡Don Diego!...

D. Die. No te alarmes. Hace poco me lo recomendaba a mí Fernanda. «Está fresca la tarde», decía. Es un buen consejo. Yo no pensaba seguirlo, pero he cambiado de opinión, convencido de su bondad. ¿Quieres aceptar mi brazo? Un paseo del brazo de una mujer bonita, y en esta hora propicia a todas las confidencias, es siempre una tentación. Cada día me afirmo más en que la torpe aventura del Paraíso ocurrió al caer la tarde. Solo que Eva era tonta la pobre, y tú eres todo lo contrario. (*Desaparecen, del brazo, por el foro derecha. Por el foro izquierda, la Doncella, que sigue, cruzando la escena, saliendo por la segunda izquierda, y Fernanda. Entra ésta. Pausa.*)

ESCENA SEXTA

Pepe Torres y Fernanda

Fern. (*Con desvío aparente.*) ¡Hola! ¿Estás mejor?... Oí decir que estabas enfermo.

P. Tor. No ha sido cosa. Unos días de fiebre. No ha sido cosa.

Fern. ¡Qué lástima!

P. Tor. ¡Te interesas mucho por mí! Eso es suerte.

Fern. ¿Por ti?... Como por los demás. En desear el bien del prójimo no hay más que un poquito de caridad.

P. Tor. ¡Ya! Y yo no soy para ti más que «un prójimo». Es un honor. No esperaba tanto, mujer.

Fern. ¡Ya ves! Los honores vienen cuando menos se esperan. (*Pausa.*) ¡Bueno! ¿Qué quieres?

P. Tor. En ese tono, nada.

Fern. ¿Qué quieres?... ¿Así?

P. Tor. ¿Puedes oirme unos minutos?

Fern. ¿Más palabras?

P. Tor. De ti depende.

Fern. (*Vacila. Resuelta.*) Siéntate. Habla.

P. Tor. Hablemos. Es preciso que hablemos, Fernanda. Existe una hora decisiva en la vida y es en ésta cuando miramos serenamente las cosas y penetramos su sentido. Hace un momento, cuando tú entrabas por esa puerta, una lucecilla misteriosa ha iluminado mi espíritu. ¡Y mira qué extraño!... No era una de esas luces que nos deslumbran y nos exaltan;

es la chispa del cohete luminoso que tiembla un segundo en la noche, lo bastante para orientarnos y marcar la ruta al caminante, brindándole calor de hogar y acogida de pueblo en fiestas. ¿Me quieres tú, Fernanda? ¿Tienes la absoluta seguridad de que me quieres? ¿La tienes, y esto es más importante, de que soy para ti todo?... Contesta a esto. Piensa que es ahora cuando se decide nuestro porvenir. ¿Me quieres así?

Fern. (*Como a pesar suyo.*) ¡Sí!

P. Tor. Mi alma ha querido huir de ti y a ti vuelve en solicitud de reposo y de corazón. ¿Es verdad esto?

Fern. Tú lo dices...

P. Tor. ¡No, por Dios! Vaguedades, no; afirmaciones concretas, valientes, que no dejen resquicio a la sospecha. Si me quieres, si estás dispuesta a unir tu vida a la mía, es preciso llegues a mí plenamente confiada, rendida, como yo me ofrezco a ti.

Fern. ¿Y quién me asegura que no son esto fuegos de artificio, ese cohete de colores que tantas veces elevaste, deslumbrándome, para dejarme luego en la noche más profunda? ¿Cómo no he de admitir con recelo lo que dices, aunque penetre muy dulcemente en el alma, después de lo pasado entre tú y yo? ¿Dónde descubrir la verdad? ¿Quién me fía de que la dices ahora?

P. Tor. Pregunta a tu corazón. Pregúntale, y no quieras conocer el por qué de los sentimientos, que no sabe de razones el amor. ¡Si me quieres, levanta el corazón y salvémonos los dos o condenémonos de una vez!

Fern. ¡Levanta el corazón! ¡Que digas tú eso!... ¿No fué libro abierto para ti el mío? ¿No fué la fuente en que apagaste tus inquietudes, cuando la sed de corazón te atormentó?

P. Tor. ¿Y si yo te pidiera una prueba decisiva?

Fern. ¿Una prueba? Venga pronto.

P. Tor. Acaso sea penoso para ti lo que he de proponerte.

Fern. Si ello ha de devolverte la confianza en ti y en mí ¡qué importa!

P. Tor. ¡Sea! Fernanda, yo no puedo vivir aquí, donde constantemente me sale al paso el recuerdo de «otra vida». Y no eres tú; son los caminos que cruzaste y las relaciones que hiciste, los que me dicen que ellos supieron de tu voz, y de tu risa, y de tu cuerpo de danzarina, regalo de sus ojos antes que de los míos... No, no trates de convencerme, porque, fantasma y todo, es más fuerte que mi razón y mi voluntad. (*Aparecen por el foro derecha Concha Rey y don Diego, oyendo desde la terraza el diálogo.*) ¡Vá-

monos! Esto es lo que quería decirte. A tierras lejanas y desconocidas, donde podamos fortalecer nuestras almas y formar nuestra vida, extraños entre extraños, rotas las cadenas del pasado, como si hubiéramos nacido ayer.

Fern. ¡Como si hubiéramos nacido ayer...!

P. Tor. Y si la nostalgia de este sol y de este cielo nos persigue, ancho camino es el mar para dejarnos nuevamente aquí, acaso curados, acaso tan viejos que ya no alienten nuestros corazones más que un suave sentimiento: el de ver llegar la muerte.

Fern. (*Emocionada.*) ¿Y eso era todo? ¿Pues si ello ha de darte la calma, cómo negártelo? ¡Si tú eres para mí el pasado, el presente y el porvenir!... ¡Cómo dudar!

P. Tor. ¡Fernanda!...

Fern. Aquí o allá, donde tú quieras, siendo contigo. Pero no me dejes, no me dejes, que es ya un poco tarde para mí; que mi corazón está cansado y no se siente con fuerzas para esperar nuevas ilusiones que ayuden a vivir. (*Descubriendo a don Diego y Concha Rey; corriendo a ellos.*) ¡Tío Diego...! ¡Chiquilla! (*Con lágrimas en la voz.*) ¡Estoy más contenta!...

ESCENA SÉPTIMA

PEPE TORRES, FERNANDA, DON DIEGO, CONCHA REY. Después, por la primera derecha, CASANOVA. Sigue a éste, CHACHA DOLORES.

Concha. (*A Fernanda.*) ¿Vas a dejarnos?...

D. Die. (*A Pepe Torres.*) La has vuelto loca, hijo.

P. Tor. ¡Como yo lo estoy!

D. Die. Pues eso es lo malo. Que lo estáis los dos. ¿Cómo, si no, hablaríais con entusiasmo de una aventura que pone espanto en el corazón?... ¿Sabes si no espera allá ese fantasma del que váis huyendo? ¡Y qué gran dolor si así ocurre!

P. Tor. ¡Oh! Salvar el mar es ya vencerle. Si así no fuera, habría que rendirse a la fatalidad.

D. Die. He ahí una palabra que descorazona.

Casa. (*Agitado, con un diario en la mano.*) Buenas tardes... Es decir... Buenas noches... Ya casi... Ustedes perdonen si vengo así tan... ¿Han leído ustedes «La Tarde»?... No, no la han leído ustedes. A la Colonia no ha llegado todavía el periódico... Este ejemplar lo trajo el señor Manzanares, el magistrado, que acaba de llegar en su coche... Un «Mercedes» magnífico; ochenta caballos. Y yo he venido disparado... ¡lo que se dice disparado!

D. Die. ¿Y qué dice «La Tarde»?

Fern. Nos tiene usted inquietas.
Casa. ¿De veras no se han enterado ustedes, verdad?
P. Tor. No, hombre, no. ¿No lo ve usted?
Concha. ¡Huy, qué «encanto» de hombre!
D. Die. ¡Trae ese periódico, vaya! (*Lo coge y lee por donde está doblado. Entra en escena Chacha Dolores.*)
Casa. ¡Un horror! ¡Un horror! En el Puente del Diablo...
D. Die. (*Impresionadísimo.*) Hemos debido pensarlo. ¡Se ha matado!
Fern. ¿Qué pasa? (*Arrebatándole el periódico.*) ¿Alguna desgracia?
Casa. ¡Un salto de cuarenta metros!
Fern. (*Arrasados los ojos en lágrimas.*) ¡Pobre Nolo!
Casa. ¡Pero si no sabía guiar el coche! ¡Un Panart, un coche magnífico!
D. Die. ¿Qué dices tú ahí?.. (*Chacha Dolores, piadosa, desaparece por el foro y se la ve aparecer en el Oratorio; enciende la lamparilla al Crucifijo, queda unos minutos orando y vuelve a cruzar la escena, saliendo primera derecha al final de la obra.*)
Fern. Tío Diego. ¿Tú crees de Nolo...?
D. Die. Lo que tú.
P. Tor. (*A Don Diego.*) Era un hombre el payaso.
D. Die. Un hombre de corazón que dió el salto mortal.
Concha. (*A Fernanda.*) ¡Pobre Nolo!
D. Die. Fernanda... ¿Cómo era...? ¿Cómo era aquella plegaria que tía Mariquita decía, como un verso, al amor de la lumbre de la casa solariega?...
Fern. «Dios de los buenos y de los tristes...»
D. Die. «Dios de los viejos y de los niños...» (*A Pepe.*) No te vayas, hijo, no te la lleves. ¿Qué te espera allá?
P. Tor. La felicidad, la fortuna.
D. Die. ¡También dinero!... Más que dinero, encontraréis por esos mundos corazones que padecen hambre de bondad y sed de ternura. Ya ves. De lo único que podríamos ser pródigos y somos más avaros; todos, todos... (*Sube hasta la terraza.*)
Casa. Conchita... Yo siento... Créeme que siento... Te aseguro que yo...
Concha. ¡Déjame en paz!
Fern. ¡Pepe!...
P. Tor. ¿Vacilas tú?
Fern. ¡No! ¡Ya no!
P. Tor. Piensa en nuestra vida rota.
Fern. ¡Sí! (*Subiendo al encuentro de Don Diego que torna de la terraza.*) ¿Qué es eso?... ¿Lloras? ¿Tú, tío Diego?
D. Die. Un poco de tierra que se me metió en los ojos. Es el viento; esos primeros vientos del invierno que golpean las ramas de oro de los árboles, corren por las

alamedas desiertas y baten pavorosamente las puertas de las casas abandonadas.

Concha. (*De pie, junto a don Diego.*) Habla usted que da pena.

D. Die. No me hagas mucho caso. Cada cuál debe vivir su vida. Para ti, es pronto. A esos les queda todavía mucho camino por delante. A mis años... Una frase, una voz lejana y querida que no sabemos de dónde viene, un «adiós», nos sugiere la idea de la muerte, y tiembla la noche de nuestro espíritu ante la noche eterna del misterio. ¿Qué pensar de esto?...

TELÓN



Teatro, de Alejandro Bellver

La Sonata de los Pinos

Comedia en tres actos.

Al ritmo de la vida

Comedia en tres actos.

Caminitos de plata

Cosilla en un acto.

Muñecos

Farsa escénica en un acto.

"En el cielo hay un librito..."

Comedia en un acto.

EN PREPARACION

Los apuros de Bonilla

Comedia cómica en tres actos.

Como los pájaros

Comedia en tres actos.

El último hidalgo

Drama en tres actos.

El expreso de Irún

Paso de comedia en un acto.

PRECIO

2 ptas.